

de la incredulidad: en una palabra, saben lo que es necesario decir para dudar, pero no saben lo bastante para dudar ellos mismos.

DE LA MOLESTIA.

Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.

fol. 51.

Lo A molestia, no obstante que parece ser propia del Pueblo, se halla mas seguramente entre los Grandes: es como su sombra, que los sigue á todas partes: como ya están para ellos casi agotados los placeres, no hallan en ellos mas que una uniformidad que les es indiferente, ó que los cansa: por mas que varien en estos, no hacen mas que variar de molestia: aunque se dexen vér á la frente de todas las públicas diversiones, esto en ellos es pura obstentacion; pero su corazon casi no tiene parte en ellas: el continuado uso de los deleytes se los ha hecho inútiles: son para ellos unos remedios sin actividad, y que cada dia ván perdiendo mas su fuerza: semejantes á un enfermo, á quien una larga dolencia ha hecho insípidas las viandas, de todo prueban, y nada despierta su apetito: é inmediatamente sucede un fatal disgusto á la vana esperanza del deleyte con que poco antes se habia lisonjeado su alma.

Sermon para el Lunes de la Semana de Pasion.

Tom. VI. fol. 74.

NO hay cosa mas triste para la mayor parte de los hombres que hallarse solos consigo mismos, y examinar su proprio corazon: como estamos dominados de las pasiones vanas, y manchados con amistades pecaminosas; como una infinidad de deseos ileg-

gítimos ocupan todos los movimientos de nuestro corazon, quando volvemos en nosotros, no hallamos mas que un funesto vacío, remordimientos crueles, pensamientos tristes y reflexiones amargas: buscamos en la variedad de ocupaciones, y en unas distracciones continuas el olvido de nosotros mismos: tememos al tiempo desocupado como señal evidente de molestia: nos parece hallar en el desorden y multitud de cuidados exteriores aquella feliz embriaguéz, que hace que caminemos sin reparar en nosotros, y que no sintamos nuestro proprio peso.

Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.

fol. 56.

Toda la vida de los Grandes es una continua y molesta precaucion contra la molestia; y al mismo tiempo toda su vida no es mas que una continua y penosa molestia: al mismo tiempo que se dán priesa á multiplicar los placeres, no hacen mas que aumentar los enfados: desde que empiezan á vivir les cansan todas las cosas; y en sus primeros años experimentan ya los disgustos é insipidez que el cansancio y largo uso de las cosas parece reserva en otros para la vejez.

La molestia se halla únicamente en el desorden y en una vida inquieta, en la que nada está en su lugar. Viviendo sin freno somos molestos á nosotros mismos: siempre estamos buscando nuevas ocupaciones, y el disgusto nos hace inmediatamente arrepentir de haberlas buscado: siempre andamos mudando de sitio para huír de nosotros mismos y en todas partes nos hallamos: en una palabra, toda nuestra vida no es mas que una variedad de artificios para huír de la molestia, y un desgraciado talento para hallarla: en donde no hay orden, necesariamente se ha de hallar la molestia; y en vez de servir de remedio la inquietud y el desorden, son

por el contrario su causa mas universal y mas fecunda.

*Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 59.*

QUANTO mas elevados se hallan los Grandes, son mas desgraciados: asi como no hay cosa que pueda contenerlos, tampoco hay cosa que pueda fixarlos: quanto menos dependen de los demás, viven mas entregados à sí mismos. Sus antojos nacen de su independencia: vuelven contra sí su propia autoridad: habiendo sus pasiones gozado de todo, y cansados ya de todo, no les queda mas que hacer que consumirse à sí mismos: sus extravagancias son el único remedio de su molestia, y de su saciedad: no pudiendo ya variar de placeres, por haberlos agotado todos, no pueden hallar variedad sino en las continuas inconstancias de su genio: se quexan continuamente à sí mismos del vacío que dexa en ellos todo quanto los rodea; ésta no es una de aquellas imágenes que adorna el discurso, y à las que se dá verosimilitud con los colores.

Acerquémonos mas à los Grandes: miremos atentamente à algunas de aquellas personas que han envejecido en las pasiones, y à quienes el largo uso de los placeres ha hecho igualmente inhábiles para el vicio, y para la virtud: ¡Qué continua nube ofusca su genio! ¡Qué pesares y qué inconstancias no los afligen! Nada les agrada, porque ellos no pueden agradarse à sí mismos: se vengan en todo lo que los rodea de los secretos pesares que los despedazan: parece que atribuyen à delito en los demás hombres la imposibilidad en que se hallan de ser tan culpados como ellos: les echan interiormente la culpa de todo lo que no se pueden permitir à sí mismos; y usan de su genio, ya que no pueden usar de los placeres.

DE LA FELICIDAD.

*Sermon para el Lunes de la I. Semana de Quaresma.
Tom. III. fol. 162.*

EN ninguna cosa halla el hombre su felicidad en la tierra: las riquezas le inquietan, los honores le fatigan, los deleytes le cansan, las ciencias le confunden y avivan su curiosidad lejos de satisfacerla: la reputacion le molesta y embaraza: nada parece capaz de llenar la inmensidad de su corazón, y siempre le dexa algo que desear: las demás criaturas, contentas con su destino, parecen felices à su modo en el estado en que las colocó el Autor de su sér: los Astros, tranquilos en el Firmamento, nunca mudan de morada para ir à alumbrar otros países: la tierra, contenta con su arreglado movimiento, no pretende subir à ocupar su lugar: los animales viven en los campos sin embidiar el destino del hombre que habita en las ciudades en soberbios palacios: las aves se regocijan en los ayres, sin pensar en si hay criaturas mas felices que ellas en la tierra: todos son felices, por decirlo así, y todos ocupan su lugar: solamente el hombre está inquieto y descontento: solamente el hombre vive entregado à sus deseos, se dexa despedazar de sus temores, halla su suplicio en sus esperanzas, está triste y se contempla desgraciado en sus placeres: solamente el hombre nada halla en la tierra en que pueda fijar su corazón.

Paraphrasis del Psalmó XXXI. Tom. IX. fol. 358.

NOS cansamos de correr tras una phantasma de felicidad que en el mismo instante que nos parece poseerla, huye y desaparece, sin dexarnos mas que la verguenza y la desesperacion de habernos dexado engañar tantas veces, sin acabar de desengañarnos: si llegamos à conseguir lo que tan vivamente habiamos deseado, inmediatamente sigue el disgusto à la posesion; ya porque en nuestro corazon nace algun nuevo deseo, ò ya porque no hallamos en el objeto que poseemos lo que esperabamos, ò porque el temor de perderle nos causa mas pena è inquietud que gusto la alegría de poseerle: algunas veces parece que estamos engolfados en la abundancia de todas las cosas, sin que nos quede que desear; y al mismo tiempo somos infelices, porque no podemos juntar todos los placeres, y porque solamente gozamos de unos à costa de otros; y nuestro corazon se consume con una vil embidia al ver que otros gozan de lo que nuestra loca vanidad quisiera que gozásemos nosotros solos: basta la mas leve indisposicion en nuestra salud para que caygamos en una profunda melancolía. Ah, y cómo conocemos entonces la inconstancia y la nada de todos los bienes de la tierra! Con todo eso tememos perderlos, porque está pegado à ellos nuestro corazon, y porque nada hallamos que poner en su lugar para ocupar el vacío que en él dexan.

*Sermon para el II. Domingo de Adviento. Tom. I.
fol. 99.*

CADA uno en su estado, por feliz que parezca su suerte, halla amarguras que contrapesan todos sus placeres: la elevacion tiene sus sujeciones è inquietudes: la obscuridad sus abatimientos y desprecios: el matrimonio

sus

sus antipatías y furores: la amistad sus pérdidas y perfidias: tanto el Trono, como el puesto mas ínfimo, son centro de los placeres: tanto de los mas soberbios palacios, como el techo del pobre y del labrador, ocultan los mas crueles cuidados; y para que no tengamos demasiado amor à nuestro destierro, estamos viendo continuamente que falta alguna cosa à nuestra felicidad.

*Sermon I. para una Profesion Religiosa. Tom. VIII.
fol. 234.*

TODAS las criaturas que el hombre quiere hacer servir de instrumentos à sus placeres, lo son tambien de sus penas: los mas alhagueños deseos que se forma para aliviar su corazon, se convierten en sus tiranos y en su suplicio: los mas lisongeros proyectos que idea, y con los que adorna su imaginacion para mitigar sus penas, las empeoran y avivan: los mas extraordinarios placeres, que parece debieran servir para satisfacer su corazon, le fastidian, y aumentan su disgusto, su vacío y su inquietud: por mas que se forme un plan de felicidades en la culpa, su corazon desmiente inmediatamente ésta esperanza, y no halla otra cosa verdadera mas que la vana idea de felicidad, y el pesar de haberla formado inútilmente: por mas que una vana Filosofia separe de las pasiones lo que en ellas es extremado y molesto, para proporcionarse unos placeres moderados y tranquilos, los placeres gobernados por la razon están muy cerca de la molestia; y los que la razon no gobierna, no son mas que furores y abismos.

Ser-

*Sermon para el Jueves de la Semana de Pasion.
Tom. VI. fol. 146.*

ES un delirio el amar por sí solo à un objeto que no puede ser ni nuestra felicidad, ni nuestra perfeccion; y consiguientemente, ni nuestro sosiego: porque amar es lo mismo que buscar nuestra felicidad en lo que amamos: es querer hallar en el objeto amado todo lo que falta à nuestro corazon: es llamarle en socorro de este fatal vacío que hallamos en nosotros mismos, y li-songearnos de que será capáz de llenarle: es mirarle como remedio de nuestras necesidades, alivio de nuestros males y autor de nuestros bienes; y el buscar todo esto en una criatura, es desorden y vileza de nuestro corazon: nosotros mismos conocemos muy bien la injusticia de este amor: por excesivo que sea, no dexamos de vér en las criaturas que nos le inspiran, defectos y flaquezas que las hacen indignas de él: quanto mas las examinamos, mas nos decimos à nosotros mismos que nuestro corazon se engaña, y que no era esto lo que buscaba: nuestra razon se averguenza interiormente de las flaquezas de nuestras inclinaciones: sufrimos con trabajo nuestras cadenas y nuestra pasion nos sirve de suplicio; pero castigados con nuestro error, aunque no desengañados, buscamos en la variedad el remedio de nuestro engaño: andamos vagos de objeto en objeto; y si por último hallamos alguno que nos fije, no es porque estemos contentos con nuestra eleccion, sino porque estamos cansados de nuestra inconstancia.

Ser-

*Sermon para el dia de todos Santos. Tom. I.
folio 6.*

PARA ser el mundo feliz es necesario que no piense que se dexa arrastrar, como los animales mudos, del atractivo de los objetos presentes, y que ofusque y oscurezca su razon, si quiere conservar su tranquilidad: éste es su destino: solamente la embriaguéz, la perturbacion y la total extincion de su razon natural pueden hacerle feliz; y como este estado nunca puede durar mas que un instante, luego que el espíritu se sosiega y vuelve en sí, cesa el encanto, huye la felicidad y se halla el hombre solo con sus pasiones è inquietudes.

*Sermon para el dia de la Visitacion. Tom. II.
fol. 232.*

NOSOTROS mismos conocemos la nada de los placeres: hay algunos momentos de reflexion que nos atormentan: como nuestro corazon fue criado para una felicidad mas solida, aunque se divierta, no queda satisfecho: dá vueltas alrededor de las criaturas; pero en ninguna se fija: à todas partes le acompaña una inquietud y un enfado que le molesta, aun en medio de sus diversiones y regocijos: finalmente, en el mismo mal hallamos el remedio, por el disgusto que acompaña à la posesion; y no sentimos gusto en el placer, sino en el instante que le precede.

*Sermon para el dia de la Purificacion. Tom. II.
fol. 27.*

LOS hombres con todo su poder, no pueden proporcionarnos una felicidad mas completa que la que ellos mismos gozan; y como nunca son perfectamen-

mente felices , no debemos esperar que hagan nuestra condicion mejor que la suya , ni que hagan por nosotros lo que no pueden hacer para sí mismos. Muchas veces procuran ofendernos , dando à entender que nos favorecen : solamente nos estiman en quanto los somos útiles ; y mas quieren que sirvamos à su felicidad , que hacernos felices à nosotros.

Paráphrasis del Psalm. IV. Tom. IX. fol. 13.

QUando llegamos à conseguir la felicidad que buscamos , no hallamos en ella mas que un peso que nos oprime : conocemos que se aumentan nuestros cuidados à proporcion que el mundo nos multiplica sus favores : al vér cumplidos unos deseos , nacen otros nuevos : el mundo nos tiene por felices ; pero la embidia , la prosperidad agena , lo que falta à nuestra ambicion , la nada de quanto poseemos , el disgusto que acompaña à la posesion de lo que mas habiamos deseado , la reflexion de que todo desaparece , y de que aun la vida mas larga no es mas que un instante rápido , todo esto emponzoña esta vana felicidad , que engaña à los que la miran , quando al mismo tiempo no puede engañarnos à nosotros si reparamos en ella.

Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X. fol. 50.

Todos nos prometemos acá en la tierra una injusta felicidad : corremos tras una dicha y un sosiego que no podemos hallar : apenas nos desengaña la posesion de un objeto de la felicidad que nos parecia habiamos de hallar en él , quando un nuevo deseo nos precipita en la misma ilusion ; y pasando continuamente de la esperanza de la felicidad al disgus-

gusto , y del disgusto à la esperanza ; lo mismo que nos dá à conocer nuestro engaño , sirve de atractivo que nos le perpetúa : este error solamente parece que debiera temerse entre las gentes del pueblo : como lo corto de su fortuna dexa siempre sobre ellas un espacio immenso , no sería tanto de admirar que se figurasen una felicidad imaginaria en aquellos elevados estados à que no pueden aspirar , y que creyesen , pues es propio de la condicion del hombre , que lo que no puede conseguir , eso mismo sea la felicidad que busca ; pero el resplandor de la clase , de los titulos , y del nacimiento disipa esta vana ilusion : por mas alto que subamos , y aunque la fortuna nos levante con sus alas sobre todos los demás hombres , siempre está la felicidad mas alta que nosotros ; y quanto mas nos elevamos , mas parece que se aparta de nosotros.

Oracion fúnebre del Serenísimo Delfin. Tom. VIII. fol. 120.

Nada de lo que rodea à los Grandes los puede hacer felices : lo que está fuera de nosotros no puede ser nuestra felicidad : los placeres ocupan el exterior , pero el interior siempre está vacío : todo parece que sirve de alegría à los Grandes , y todo se convierte en molestia para ellos : quanto mas se multiplican los placeres , mas los cansan : no es lo mismo ser feliz , que no tener que desear : esto no es mas que perder el placer del error ; y el placer solamente consiste en el error que le espera , y le desea : aun la misma grandeza es un peso que cansa : los pesares y los cuidados suben hasta el Trono del Soberano , y se sientan con él à su lado : la Diadema que adorna la augusta frente de los Reyes , muchas veces está armada de puntas y espinas que la despedazan ; y los Grandes , lexos de ser los mas felices , suelen ser muchas veces tristes testigos de que no se puede hallar felici-

cidad en la tierra: el mundo no hace mas que manifestar prosperidades; pero él no puede hacer felices: los Grandes nos aparentan la felicidad, pero no la poseen.

DE LA HEREGIA.

LA heregia siempre tiene en su origen alguna cosa infame: como sus primeras raíces son la soberbia y la libertad, es necesario correr el velo à los primeros tiempos en que se estableció entre los hombres: allí vemos presidir las mas infames pasiones al nacimiento de estas obras de tinieblas; darlas su forma, su aumento y sus progresos; y semejantes à aquellos desgraciados hijos, que son triste fruto del delito de sus padres, basta para llenarlas de confusion el acordarlas su origen.

Paráphrasis del Psalmo IX. Tom. IX. fol. 56.

DIOS permite que los temerarios censores de su Doctrina se precipiten ellos mismos en contradicciones inexplicables, en las que se hallan cogidos como en una red, de la que no pueden salir: es destino del error fabricarse con sus propias manos la espada que le ha de dar el golpe mortal: no hay mas que hacer que dexarle obrar à él mismo, que al fin todas las máquinas que levanta à tanta costa para trastornar el Augusto edificio de la Fé, caen sobre su soberbia cabeza, y acaban de arruinarle.

Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 134.

LA heregia, aunque tímida en sus principios, siempre vá creciendo, y no guarda medida en sus progresos: en el principio solamente se dirigia entre nosotros contra los abusos del culto, y despues vino à parar en impugnar el mismo culto: queria reformar la Religion, y acabó en aprobarlas todas, ó por mejor decir, en no tener, ni conocer Religion alguna: fingia atenerse à la letra de los libros santos; y esta misma letra fue para ella una letra de muerte, en la que sus falsos Profetas bebieron un fanatismo, y unas visiones acerca de lo futuro, que despues se han desmentido con los sucesos, y de las que ella misma se averguenza.

Sermon para el dia de la Asuncion de nuestra Señora. Tom. II. fol. 208.

NO es la sumision à la Iglesia lo que nos cuesta trabajo: esta sumision no ofende ni nuestra soberbia, ni nuestras inclinaciones, ni nuestra fortuna: lo que nos cuesta trabajo es el depender de aquellos à quienes miramos como inferiores à nosotros, y el haber de sufrir el peso de una autoridad que nos parece está mal colocada: nosotros suavizamos las inevitables sumisiones de nuestro estado con el secreto desprecio que hacemos de aquellos de quienes dependemos: nos vengamos de su elevacion con nuestras murmuraciones: nuestra soberbia, obligada à obedecerlos, se consuela con despreciarlos: sus ordenes nos hacen ingeniosos para descubrir sus defectos; y rara vez sucede que nuestros superiores tengan sobre nuestro corazon la misma autoridad que sobre nuestras personas.